

« ¿QUÉ BUSCÁIS?» (Jn 1,38)

ADRIÁN DE PRADO POSTIGO, CMF

INTRODUCCIÓN

Recuerdo con afecto que una vez una profesora, intuyendo que estaba preocupado por las tareas que se me avecinaban, me dio este consejo: «Los enemigos, Adrián, nunca a la espalda, mejor de frente. Colócalos en fila india y ve dando batalla a cada uno». Quisiera —por eso cuento esta anécdota— comenzar poniendo por delante algunos temores de los que no he podido desprenderme a la hora de abordar la cuestión que se me plantea. Quienes pensaron en mí para esta asamblea y para este tema, buscaban probablemente un religioso suficientemente joven pero que hubiera concluido ya la etapa de formación inicial, de modo que fuese capaz de hacer un primer balance sobre su andadura en la vida consagrada —logros, dificultades, deseos, insatisfacciones—; que fuese asimismo consciente de los interrogantes que afectan a su ser joven en un instituto religioso; y que se atreviese, en fin, a plantear aquello que los consagrados deberíamos cuidar para acompañar mejor a los jóvenes en su discernimiento vocacional y para acogerlos cordialmente en las distintas comunidades, llegado el caso.

Ciertamente, yo soy un religioso joven. Joven, cada vez menos; religioso —espero— cada vez más... Sin embargo, más allá del pudor, que no me falta, encuentro muchas reticencias a la hora de prestar mi voz a este propósito. Tengo para mí, en primer lugar, que un solo testimonio aislado jamás puede elevarse a categoría, tampoco mi historia personal y mi camino como religioso, que no son especialmente paradigmáticos ni reseñables; en segundo lugar, considero que hay más diversidad entre los jóvenes de la que pensamos, también entre aquellos que nos hemos decidido por la vida religiosa, de modo que la escucha atenta de todas y cada una de las realidades particulares es hoy más acuciante que nunca; en tercer lugar, desconfío un tanto de lo que yo experimento desde mi perfil singular, mi propia sensibilidad y mis circunstancias —sobreenvenidas o buscadas—, y creo firmemente que es más interesante y más fecundo hablar de lo que Dios dice y hace en nosotros pero más allá de nosotros; por último, temo no tener la lucidez y la madurez suficientes para llegar a decir lo más importante, lo que se va obrando por dentro lentamente. Al fin y al cabo, lo que se espera de mí hoy es que evalúe cómo he vivido y cómo entiendo los primeros tiempos de una vocación joven y esto es tanto como entrar en el gran amor de Dios para conmigo y en mi pequeña respuesta amante para con Dios. Lo cual es siempre, sobre todo, un misterio. Uno puede contar muchos detalles que jalonan dicha vivencia: de hecho, al pensar en mí como misionero claretiano aparecen enseguida rostros, sentimientos, convicciones, anhelos, dolores, encuentros... Sin embargo, lo más decisivo —lo que se teje poco a poco en el corazón— podría quedar sin decir. Porque la vocación tiene algo de inasible, de indescriptible, y mucho de trascendente... Y, como saben bien los místicos, los teólogos y los predicadores, poner en letra lo sagrado es harto difícil.

Estos cuatro son los temores o las prevenciones a que aludía hace un momento —mis enemigos a la hora de abordar el tema propuesto—. Y prefiero tenerlos enfrente

desde el principio: no para excusarme por adelantado de mi impericia, sino para poder ofrecer mi palabra lo más humilde y honestamente posible, sin renunciar a la *parresía* evangélica que también debo a esta asamblea. En lo que expondré a continuación, trataré de despegarme tanto de los lugares comunes como de los aspectos que resultarían demasiado personales y, en el fondo, prescindibles. Todo ello con el fin de alumbrar una reflexión de mayor calado y más largo recorrido. No abundarán, pues, en estas páginas, muchos datos biográficos explícitos —de hecho, apenas los habrá—, pero todo lo que referiré está provisto de carne: nace de experiencias, nombres y descubrimientos concretos. Desde lo que Dios me ha permitido vislumbrar en ellos, aquí entrego el tímido fruto de esta cosecha temprana. Ojalá sea rico y provechoso cual si de vino añejo se tratara.

1. UN ICONO RECIO Y SERENO PARA TIEMPOS DE DESASOSIEGO: Jn 1,35-39

El título de esta ponencia me vino dado. Está tomado literalmente de un interrogante sencillo y directo que el cuarto evangelista pone en boca de Jesús, dirigido a dos discípulos del Bautista: «¿Qué buscáis?» (Jn 1,38). Pareciera que la vida religiosa —representada en esta asamblea en vosotros, Superiores Mayores—, sintiera la urgencia de lanzarnos a los religiosos jóvenes aquella pregunta de Jesús: «Vosotros, los jóvenes, ¿qué buscáis? ¿En pos de qué ideales llamáis a la puerta de nuestros institutos? ¿Por qué queréis ser consagrados? ¿Qué esperáis hallar entre nosotros? ¿Cómo os podemos ayudar?»

Comprendo la inquietud y también la premura con que se formula. A nadie se le escapa a estas alturas la enorme preocupación generada por el descenso de nuevas vocaciones que la vida religiosa sufre en estas latitudes; tampoco nos es ajeno el desconcierto de las generaciones más mayores con respecto a un mundo y una cultura juvenil que a veces parecen estar a años luz de lo que ellos conocían o creían conocer; hay también un sano interés en nuestras congregaciones por estar cerca de los jóvenes que buscan —aunque no sepan todavía *qué* buscan— y de aquellos que terminan dando un paso hacia esta forma de vida, pero aun con una determinación poco «determinada», que diría la Santa de Ávila. Ninguno de los presentes dudará de la buena voluntad de tantos foros de reflexión, campañas de animación y estrategias de renovación en el ámbito de la pastoral vocacional, más allá de cuál esté siendo su incidencia real sobre el número de nuevas incorporaciones, pues las estadísticas suelen ser tan tozudas como traicioneras. Sin embargo, aun teniendo todo esto presente y haciéndome cargo de su sentido, que lo tiene, yo me atrevería hoy a decir a los Superiores Mayores —y, en general, a todos los religiosos—: gracias por la pregunta, pero no somos nosotros quienes debemos hacerla. El evangelista la puso en labios de Jesús y de sus labios ha de seguir prendida.

Contemplemos el icono: Juan, Jesús y dos discípulos, probablemente jóvenes. Tengo la impresión de que, en esta narración tan pronta del cuarto Evangelio, los religiosos, con la mejor de las intenciones, tendemos a identificarnos demasiado rápido con Jesucristo, que es quien inquiere a los jóvenes y los invita a conocer su casa. Y quizá no sea este nuestro lugar en la escena, quizá no sea Cristo en quien nosotros tenemos que mirarnos —al menos no de primeras—. Una cosa es cierta: los jóvenes tienen que

tener quien los cuestione, quien les haga ver la realidad, quien les incite a plantearse por qué y para qué viven... Ahora bien, la pregunta esencial —la que perturba y hiere y convierte el corazón— solo puede pronunciarla el Señor en un encuentro íntimo con cada uno e inescrutable para el resto. Un encuentro de todo punto insustituible, sin el que ningún discernimiento vocacional puede llegar a buen puerto, por más pensadas y medidas que estén las mediaciones humanas que lo acompañan. Porque la pregunta definitiva, en realidad, es Jesús mismo. Basta con acudir a nuestro fuero interno para reconocer que la vocación se resuelve necesariamente en Él, en un diálogo de Tú a tú con Cristo, el Señor, el Hijo de Dios hecho hombre, Aquel en quien Dios silabea nuestro nombre y nosotros, con temor y temblor, aprendemos a hospedar, agradecer y pronunciar el Suyo.

Si no podemos ni debemos sustituir a Jesucristo, que es la pregunta permanentemente arrojada, cual anzuelo, al mar profundo del corazón de cada hombre, ¿cuál podría ser, entonces, el papel de la vida religiosa en este milagro en ciernes que constituye cada nueva vocación? Volvamos al relato joánico, aunque lo hayamos escuchado antes en muchas ocasiones:

«Al día siguiente, Juan estaba en aquel mismo lugar con dos de sus discípulos. De pronto, vio a Jesús que pasaba, y dijo: “He ahí el Cordero de Dios”. Al oírle hablar así, los dos discípulos siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, viendo que lo seguían, les preguntó: “¿Qué buscáis?” Ellos contestaron: “Maestro, ¿dónde vives?” Él les respondió: “Venid y lo veréis”. Se fueron con él, vieron dónde vivía y pasaron aquel día con él. Era como la hora décima» (Jn 1,35-42).

Jesús es el gran protagonista, no cabe duda: Él se mueve, camina, se adelanta, pregunta, se deja cuestionar, invita, llama al seguimiento, convive con nosotros y se vuelve compañía para siempre. Pero en esta jornada de la vida que se narra en el Evangelio —un *tercer día*, según el relato—, no solo encontramos a Jesús: hay también un hombre quieto y firme, discreto y valeroso, que es quien desencadena en realidad la trama. Su nombre es Juan. Y bien puede ser para nosotros un icono recio y sereno para tiempos de desasosiego. El Bautista se nos presenta hoy como el espejo en que la vida consagrada, ávida como está por aprender a ayudar a los jóvenes, se mire y se reciba.

1.1. «Juan estaba allí». El Nombre esperado

Juan estaba allí. En el mismo lugar. Con dos de sus discípulos. Como ha estado la vida religiosa en la Iglesia y en el mundo desde el siglo IV. El verbo que el evangelista usa para describir la acción del Bautista —*stabat*, en latín— es el mismo que emplea para indicar el modo que tiene María de permanecer junto a la cruz —«*stabat iuxta crucem*» (Jn 19,25)—; y también la manera en que la Magdalena persevera junto al sepulcro vacío —«*stabat ad monumentum foris plorans*» (Jn 20,11)—. Se trata, en definitiva, del modo de ubicarse ante Jesús que tuvieron aquellos que le fueron más fieles, incluso en el trance agónico de la muerte. Un estar en pie erguido, sólido, íntegro, sereno, paciente, atento y esperanzado. Es la forma de estar de quien, poniendo en práctica su lealtad y su franqueza, sabe que no hay nada más importante que vivir a fondo y en cada momento la propia llamada, la vocación primera, original, irrevocable. Adviértase que ni Juan ni las Marías experimentan un encuentro «cómodo» con Jesús: todas sus

historias de fe están marcadas por el signo del dolor y de la muerte. No obstante, ninguno de ellos se turba tratando de resolver con celeridad una situación que no llegan a entender, como si acaso estuviera en su mano revertir la historia que les toca transitar. Pero tampoco huyen: Juan, María y María *están*, permanecen, se mantienen unidos a la vid, aunque esta no parezca retoñar con la fuerza que se le supone.

Como el Bautista, los religiosos tenemos un espacio que habitar, que es el de nuestra consagración. Un espacio que no cambia, que es idéntico desde siempre y para siempre. Juan estaba allí, en el mismo lugar que había encontrado una vez que dejó atrás la casa paterna y se lanzó al desierto de su vocación. Yo me pregunto si no hay entre nosotros demasiados afanes hacia fuera que nos despistan, demasiada ansiedad por emprender aventuras novedosas, demasiado correr a preguntar a los que vienen por detrás qué necesitan sin estar del todo arraigados en lo que nosotros ya hemos abrazado. En esto quizá mi discurso resulte un tanto contracultural, hoy que se habla por doquier de que la Iglesia debe buscar *nuevos* lenguajes, *nuevas* presencias, *nuevos* métodos, *nuevos* modos... Yo pienso, sin embargo, que debemos estar en el lugar de siempre..., pero, eso sí, con todo el corazón. La verdadera novedad que un religioso puede ofrecer a los jóvenes de hoy consiste en vivir su consagración hasta el fondo. Quizá la gran responsabilidad que tenemos para con las generaciones venideras no sea la de abrir caminos distintos y mejores — ¿acaso es tan necesario *reinventar* la vida consagrada?— sino la de recorrer hasta el final la senda que el Señor nos ha abierto a nosotros junto a Él. Humildemente, pienso que se trata de dar el paso de *hablar* a sobre la «vida religiosa» y lo que ésta debería ser a *escribir* en nuestra carne una auténtica «biografía religiosa». Al fin y al cabo, si es Cristo quien toma la iniciativa para llamar a cada uno —también a los que están por llegar— y si nosotros ya hemos sido elegidos para caminar con Él, para morar en su casa, ¿hay algo mejor que podamos hacer para servir a los jóvenes que vivir en toda su hondura nuestra vocación, nuestro propio estar en pie junto al Señor que nos ha convocado?

El *stabat* bíblico, que tanto bien puede hacernos a la vida religiosa en estos tiempos, no es un estar derrotista ni solitario. Nótese que Juan tenía consigo dos discípulos; María, la madre del Señor, contaba también con el discípulo amado y con otras mujeres; y al lado de María, la de Magdala, había dos ángeles vestidos de blanco y, un poco más allá, otros discípulos de Jesús. El de todos ellos es, por tanto, un *estar* que atrae, que reúne, que agrada a otros, que genera comunidad, que es significativo hacia fuera en tanto que constituye una realización honesta de la vocación hacia dentro. Juan es consciente de que él no es el que ha de venir, de que el suyo no es el Nombre sobre todo nombre, de que no guarda en su zurrón la pregunta perentoria que otros hombres necesitan escuchar. Pero Él espera ese Nombre con pasión y escucha esa pregunta intensamente. En la medida en que se mantiene en su amor primero, Juan puede abrirse a un amor mayor; y, sin siquiera pretenderlo, puede abrir a otros al Amor con mayúscula. Juan se convierte así en el «profeta del Altísimo» que va «delante del Señor a preparar sus caminos» (Lc 1,76-77). No en vano dice el Evangelio que el Bautista tenía discípulos. Dos de ellos estaban junto a él en el instante clave. Aun sin conocer lo que Juan conocía, ellos ya aguardaban de algún modo con su misma esperanza y miraban con sus mismos ojos, y veían lo que él soñaba. Nosotros tenemos también parte en esta experiencia: algo hay en la forma de estar de los religiosos que emplaza a otros a esperar a nuestra vera que algo acontezca, también para ellos. Vivimos rodeados de jóvenes —aunque

siempre nos parezcan pocos—, algunos dentro y otros fuera de nuestros institutos. Por favor, no nos apresuremos impacientes a averiguar qué buscan: busquemos nosotros al Señor como consagrados con toda el alma, dejemos que los jóvenes presencien con cuánta verdad le buscamos..., y Dios será, para ellos, como para nosotros, el Nombre esperado, Aquel que un día vendrá y se hará por fin para todos el encontradizo.

1.2. «Vio a Jesús que pasaba». *El Nombre encarnado*

Además de estar allí, Juan vio a Jesús que pasaba. Lo había esperado largos años, lo había conocido en la fila de los pecadores. Y lo vuelve a ver ahora, cuando Jesús pasa por delante. Este no fue el primer encuentro del Precursor con el Mesías; posiblemente, sería casi el último. Pero a Juan no le pasó desapercibido el *pasar* de Jesús, valga la redundancia. Él había acostumbrado su deseo y su mirada a las hechuras y los andares del Maestro. Y no se había cansado de esperarlo y de encontrarlo. Por eso pudo verlo y reconocerlo.

Para los que ya contamos en nuestro haber con algunos años de vida religiosa, también en esto el Bautista puede servirnos de icono. Sinceramente, no sé si podemos pedir a los jóvenes que están con nosotros que tengan la sensibilidad educada y los ojos despiertos para percibir con naturalidad a Jesús que pasa. Quizá me equivoque, pero creo que una de las destrezas que las nuevas generaciones hemos perdido es la capacidad para ver al Señor, para distinguir la mano cotidiana de Dios y su presencia providente. Bombardeados de imágenes como estamos, ¿quién puede captar espontáneamente al que es Imagen viva del Padre? Solo aquellos que han contemplado su Rostro por un tiempo prolongado, quienes se han dejado escrutar mansamente por Él y han ido adquiriendo finura para vislumbrar con familiaridad al Señor, que siempre es novedad insospechada en medio de la vida cotidiana. Los jóvenes vivimos, con mucha frecuencia, presos del estímulo inmediato y pasajero; y —lo que es aún más importante— la vida no nos ha puesto aún en la tesitura de tener que afrontar en primera persona realidades últimas. Pienso, por ejemplo, que muy pocos jóvenes sabemos lo que significa la muerte de una madre, una frustración profunda, un error irreparable, el gozo de una amistad probada o la fe que ya ha sufrido en algo la cruz. Los religiosos maduros, por el contrario, ya pueden ser «expertos» en la contemplación profunda y permanente de la cotidianidad, y también «maestros» en esperanza y en compasión en los momentos perentorios de la existencia. Hombres y mujeres versados en ver a Jesús que pasa, acostumbrados a percibir cómo su Nombre se encarna en la realidad que vamos viviendo cada día; cómo Cristo, en fin, se revela en nuestra humanidad, en aquella carne que Él comparte del todo con nosotros, menos en el pecado. Decía bellamente Ruperto de Deutz comentando este pasaje del evangelio de Juan:

«Con Juan estaban dos de sus discípulos, de pie como su maestro, primicias de aquel pueblo preparado por el precursor, no por él mismo, sino por el Señor. Viendo a Jesús que pasaba, Juan dice: “Este es el Cordero de Dios”. Prestad atención a las palabras de esta narración. A primera vista, todo parece claro, pero para quien penetra en el sentido más profundo, todo se manifiesta cargado de significado y misterio. “Jesús pasaba”: qué significa, sino que Jesús vino a participar en nuestra naturaleza humana que pasa, que cambia. Él, a

quien los hombres no conocían, se da a conocer y amar pasando entre nosotros. Vino en el seno de la Virgen. Luego, pasó del seno de su madre al pesebre y del pesebre a la cruz, de la cruz al sepulcro, del sepulcro ascendió al cielo... Nuestro corazón también, si aprende a desear a Cristo como Juan, reconocerá a Jesús cuando pase. Si le sigue, llegará como los discípulos al lugar donde mora Jesús: en el misterio de su divinidad»¹.

Volvamos al relato evangélico y notemos este detalle, que no es baladí: al principio, Jesús asomó únicamente en el horizonte de Juan, se hizo presente solo en su mirada. Desconocemos si sus dos discípulos repararon en Él o no. Pero sí sabemos que Juan lo vio en aquella hora y en aquel lugar. Lo vio y lo identificó porque lo había visto en otras circunstancias y había aprendido a reconocerlo. El Bautista se fijó en Jesús aunque aquella ocasión ya no era exactamente la suya, sino que habría de ser la aquellos jóvenes que lo acompañaban. Antes de ver a Jesús *con* ellos, Juan lo vio *por* ellos, *en lugar de* ellos. Lo contempló pasando por sus vidas. Y sus ojos ampararon en esperanza lo que los discípulos descubrirían después por su propia fe.

Decidme si no es este un don espléndido de la vida consagrada para con el mundo: que nosotros nos veamos capacitados por el Señor, encuentro tras encuentro, para verlo actuar en la existencia concreta de los otros, en la historia personal de los que aún no lo conocen. Cuánto bien hace un religioso mayor que se acerca a otro joven y, en un momento dado, le abre los ojos para que preste atención a aquello que él ya ha visto tantas veces antes. Cuánto necesitamos, sobre todo en los primeros años, que alguien ducho en la mirada lúcida, como Juan, nos muestre al pobre desahuciado *en que Cristo pasa*, nos ayude a arrostrar la prueba de amor *en que Cristo pasa*, nos enseñe a querer al hermano herido *en que Cristo pasa*, nos consuele en las pesadumbres del discipulado *en que Cristo pasa*, nos anime a gozar la alegría de la misión *en que Cristo pasa*. He aquí la aportación que los consagrados estamos llamados a hacer a la juventud desde nuestra vena profética más genuina. Humilde, respetuosa... pero profética. Necesitamos, para ello, tejer entre nosotros biografías religiosas veraces, construir comunidades que no actúan con la impostura de quien intenta adaptarse a toda costa a lo que los jóvenes creen necesitar. Religiosos y comunidades que, más allá de los horizontes estrechos en que suele moverse nuestra sociedad, enseñen a los jóvenes —a la vez que ellos lo siguen aprendiendo— a *ver a Jesús que pasa*, a convertir sus sentidos para acoger el paisaje del Reino que en Él irrumpe.

1.3. «Y dijo: “He ahí/Este es”». El Nombre pronunciado

Juan estaba. Juan vio. Y, solo después, Juan habló. Quebró el silencio del desierto para proferir el Nombre del Señor. «He ahí, este es el cordero de Dios». Adviértase que el Bautista no solo vio a Jesús encarnado en ese instante, sino que lo vio ya como un hombre entregado a la muerte por nosotros, singularmente por aquellos discípulos que Juan tenía a su vera. Detrás del pastor de Nazaret, Juan descubrió al *cordero pascual* ofrecido por Dios, a Aquel que llevaría el amor por los seres humanos hasta el extremo. Él fue capaz de entender que el Mesías se haría Cordero. Y que Jesús ya estaba amando

¹ RUPERTO DE DEUTZ, *In evangelium s. Ioannis commentariorum*, I. I (PL 169, 263C-264A).

de esa forma insuperable a aquellos jóvenes. Solo entonces, convencido de tamaña caridad, el Bautista se atrevió a decir su Nombre. De suerte que el *esperado* y el *encarnado* comenzó a ser, en el tiempo oportuno, el Nombre *pronunciado*.

Aventurarse a proclamar el Nombre de Jesús delante de los que nunca lo han aprendido o ya lo han olvidado forma parte también de nuestro tesoro como consagrados. No se trata de tener a Dios siempre, exhibiéndolo a deshoras sin la unción que merece. Pero sí debemos perder el miedo a recordar explícitamente al Señor cuando su presencia se desdibuje de las conversaciones, de los pensamientos, de los afectos de nuestros jóvenes. Creo que es indiscutible que la vida religiosa no tiene riqueza mayor que ofrecer al mundo que el Nombre de Jesús, el Cristo (cf. Hch 3,6), pero además pienso —y esto no siempre resulta tan evidente— que quienes tenemos a nuestro lado no esperan otra cosa de nosotros sino que les hablemos de Dios, que les hablemos *bien* de Dios. En ocasiones tengo la impresión de que no estamos suficientemente convencidos de esto y tratamos de brindar a la gente joven muchas otras cosas que nos parecen más eficaces para bandearse en la vida: habilidades, cualificaciones y prácticas de todo tipo... Algunas, incluso «religiosas», y muy elaboradas. Dejadme poner un ejemplo: muchos de vosotros seréis superiores de congregaciones dedicadas a la enseñanza, en mayor o menor medida. Y muchos habréis introducido en los colegios que regentáis el oratorio semanal con los niños y los adolescentes: un tiempo en que *les enseñamos* a orar con la Palabra, a encontrarse con Dios. Yo acompaño ahora a varias clases en esta tarea. Y no pocos días salgo del oratorio contrariado, pensando que he intentado mostrar a los jóvenes cómo se ora, pero yo no he rezado realmente delante de ellos o con ellos; que he dicho muchas veces la palabra «Jesús», pero no la he pronunciado nunca con reverencia orante. Y esto último es quizá lo único en que yo puedo enriquecer como consagrado a esos jóvenes, pues la oración no dimana de la mucha pericia sino de la fidelidad sencilla.

Ojalá este sea solo un fallo mío. Sin embargo, temo que cuando llegue el momento trémulo de ponernos delante de los jóvenes, con lo que somos y tenemos —con el Nombre de Jesús—, nos quedemos paralizados, incapaces de articular palabra. Como si Dios fuera para ellos *demasiado* o *demasiado poco*. Cuando, en realidad, todas las demás palabras pueden escucharlas mejor en ágoras mucho más concurridas que las nuestras. Pero el Nombre del Maestro, ¿a quién se lo escucharán sino a los hombres y mujeres que, imitando en todo su modo de vida, lo siguen más de cerca?

En el arresto de su palabra, escueta pero certera, el Bautista nos recuerda a nosotros, religiosos preocupados por los jóvenes, que Jesús es siempre en primer lugar un nombre que otros pronuncian desde fuera. Con respecto a la vocación, sirve también aquella meditación de Pablo en la Carta a los Romanos, según la cual la fe comienza por el oído: «Pues, ¿cómo van a invocar a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído hablar? ¿Cómo van a oír sin que se les predique? ¿Y cómo van a predicar si no son enviados?» (Rm 10,14-15). Nosotros, en virtud de nuestra consagración, hemos sido enviados, por encima de todo, a transformarnos en hombres y mujeres que *están ahí*, en el lugar de siempre, para *ver a Jesús que pasa*; y, desde nuestra fe y nuestra vocación, convertidos en un hogar al que otros acuden, podremos susurrar *el Nombre del Señor* para que ellos salgan en su busca. Por sus propias veredas, que quizá no sean exactamente las nuestras. Al fin y al cabo, Cristo nos llama primero

en la fe de nuestros mayores, pero solo puede abordarnos con esa pregunta que quema en el corazón cuando salimos espoleados a la intemperie en la que estamos solos con Él, con Él a solas.

2. UNA MORADA INMENSA CON TRES ESTANCIAS INELUDIBLES

Cuando los discípulos de Juan entablan por primera vez un diálogo con Jesús, y Él por fin les pregunta «¿Qué buscáis?», lo que a ellos primero les preocupa es saber dónde vive, cuál es su morada. El lugar en que anidamos —nuestro hogar— habla de nosotros: es el signo externo de nuestra sagrada intimidad. Los discípulos del Bautista ya conocían el desierto: probablemente habían pasado allí con Juan un tiempo significativo. Pero en los ojos de Jesús debieron intuir otros espacios, otros modos, otros paisajes distintos a los de Juan. Por eso le ruegan que les muestre dónde mora, que los lleve a *Su* lugar. Quieren pasar con Él el resto de la jornada, que es, en realidad, la vida entera. Solo entonces, cuando la mirada amorosa de Cristo ha hecho brotar en el corazón de aquellos jóvenes el deseo de seguirlo, Él los invita a conocer su «mundo por de dentro», como diría Quevedo.

La vida religiosa —que es un vivir *con* Cristo *como* Cristo— habita en la Iglesia una morada inmensa con múltiples estancias. No solo es que los religiosos vivamos en muchas partes y de muchas formas distintas, que también: hay entre nosotros carismas, presencias, familias, historias, comunidades, apostolados, ritmos y acentos extraordinariamente diversos, y tal variedad refleja ya de por sí la belleza del Dios que nos llama, que es Trino siendo Uno y Uno siendo Trino. Pero, amén de esta pluralidad externa, también se descubren muchas estancias de puertas para dentro, en el castillo interior de nuestra consagración. Cuando un joven llega a nuestra casa, quisiera conocerla por completo. En realidad, querría haber recorrido por su cuenta todas las habitaciones antes de entrar, para no llevarse sorpresas desagradables. Pero todos sabemos que esto es imposible, por más jornadas de puertas abiertas que organicemos. Hace falta tiempo para arraigarse en nuestra vocación. Y ni siquiera los muchos años son una garantía para llegar a habitarla del todo. La riqueza de nuestra consagración es tal que, aunque Dios nos bendijese con el don de la longevidad, jamás llegaríamos a conocerla en todos sus perfiles.

Sin embargo, existen tres estancias que, a mi juicio, resultan ineludibles. Los jóvenes que se deciden a seguir al Señor en la vida religiosa han de pasar por ellas no tardando mucho. Porque habrán de habitarlas permanentemente y necesitarán volver a ellas sin cesar. Son la hondura última, la belleza concreta y la esperanza mayor de la vida religiosa. Tres lugares que configuran esencialmente la morada de nuestra vocación, de modo que al religioso joven se le debe facilitar el *entrar* y el *estar* en ellos, especialmente en los años de formación inicial. Al echar la vista atrás y tratar de hacer balance de mis primeros pasos como religioso, puedo constatar que mi experiencia ha sido lograda cuando Dios me ha permitido, bajo el impulso de su gracia, encontrarme con Él, con mis hermanos y conmigo mismo en dichas estancias. Y no lo ha sido tanto cuando yo no he sabido cómo atravesar sus dinteles. Haría falta otra asamblea general entera para hablar de cada uno de estos lugares, pero no perdamos la oportunidad de asomarnos a ellos, siquiera mínimamente.

2.1. «¿Qué buscáis?». La hondura última de la vida religiosa: «Tú»

En la primera estancia de la vida religiosa se aprende a decir «Tú». Es la primera y seguramente la más decisiva. Cuando un joven se anima a seguir a Jesús, que lo ha llamado para conformarse con Él, todavía conserva fresca en sus entrañas la pregunta del Maestro: «¿Qué buscáis?». Y a fe que la respuesta no es tan inmediata como sugiere el relato evangélico. ¿Qué buscabais vosotros cuando abrazasteis la vida religiosa? ¿Qué buscaba yo? ¿Sabríamos expresarlo con claridad en una sola palabra? Lo más probable es que no. «Para dar mi vida a los demás». «Para encontrar mi lugar en el mundo». «Para ser feliz». «Para seguir a Cristo». «Para servir a los pobres». «Para mejorar la sociedad». «Para anunciar la Buena Nueva». «Para cambiar la Iglesia»... Las motivaciones son varias, no siempre legítimas a ojos de los demás, a veces ocultas incluso para nosotros mismos y, en todo caso, requieren ser aventadas pacientemente con el bieldo del discernimiento y la purificación. Ahora bien, no todas las motivaciones son tan consistentes como para sostenernos en la casa del Señor por días sin término. En realidad, solo hay una con vocación de eternidad, y solo la podemos pronunciar en lo escondido de nuestro corazón delante de Jesús: «Hijo, ¿qué buscas?»... «Te busco a ti, Dios mío. Busco a Dios».

Hasta que este diálogo sagrado no se materializa con verdad en nuestro fuero interno, todo es demasiado frágil, aun cuando sea muy loable. ¿Quién no anhela en su juventud transformar la realidad, hallar su camino, entregarse a los demás...? ¿Pero quién se mantiene en su sueño si no tiene un «Tú» a quien acudir cuando llega la alegría o cuando todo se desmorona? Porque, tarde o temprano, lo que depende demasiado de nosotros —también lo que nos parece más santo y lo que un día nos llevó a dejarlo todo para caminar tras el Señor— se resquebraja y muestra su futilidad. Solo lo que está en manos del Padre se mantiene siempre en pie. Dios es el único que no nos decepciona porque «ni vuelve ni tropieza», que diría el poeta. Él no cesa de gozarse cada tarde con el trabajo bien hecho del hijo mayor, como tampoco se cansa de salir cada mañana para esperar con su abrazo al pequeño, que vuelve maltrecho a casa.

Los jóvenes necesitamos conocer pronto la estancia del Tú para poder quedarnos muchos años en la morada de la vida religiosa. Precisamos tiempos y espacios en que sondear nuestro propio misterio hasta poder llegar a decir desnudamente «Busco a Dios»². Y no únicamente los jóvenes. Todos estamos llamados a volver a entrar de vez en cuando en aquella sala donde Cristo nos cuestiona con su propia persona, allí donde nos repite aquel interrogante primero: «¿Qué buscáis?». Cuentan sus biógrafos que uno de los medios preferidos de los que san Bernardo se valía para mantenerse fervoroso en el servicio del Señor consistía en preguntarse continuamente: «Bernardo, ¿a qué has venido al convento? ¿Para qué has entrado en religión?». Parece que ni siquiera los santos están exentos de echarlo en el olvido... En la misma línea, san Benito, padre de los monjes, recomienda en su regla lo siguiente: «Al que viene a llamar al monasterio,

² En un discurso a los superiores y superioras generales (26 noviembre 2010), decía BENEDICTO XVI: «El sentido mismo de vuestra vocación conlleva, ante todo, buscar a Dios, *quærere Deum*: por vocación sois buscadores de Dios. A esta búsqueda consagráis las mejores energías de vuestra vida. Pasáis de las cosas secundarias a las esenciales, a lo que es verdaderamente importante; buscáis lo definitivo, buscáis a Dios, mantenéis la mirada dirigida hacia él».

antes de que se le acoja, déjesele durante algún tiempo a la puerta, y pregúntesele después si verdaderamente busca a Dios (*revera Deum quærit*)»³. Si todos estuviéramos bajo la regla benedictina —y de algún modo lo estamos— quizá más de uno de nosotros tendría que pasar alguna temporada a la puerta...

Nótese que la pregunta sigue siendo siempre cosa de Jesús. A él le pertenece la llamada profunda, que no se recibe un día para dejarla de lado al siguiente, sino que debe determinar el cada día de los consagrados. La acogida de dicha llamada tiene para nosotros la forma de la obediencia. Al fin y al cabo, este es el voto que recoge y vehicula la hondura última de la vida religiosa. Los consagrados lo aprendemos yendo con Jesús allí donde Él mora... En este caminar con el Maestro llega un momento en que entendemos que Cristo no tiene más morada que la del cielo. Y nosotros, junto a Él, tampoco tendremos más patria que la de buscar a Dios. Dice la Escritura: «Las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza» (Mt 8,20). Cuando se aplica este versículo a la vocación consagrada, se suele leer en él una invitación a la castidad —Cristo no formó hogar con una mujer sobre cuyo regazo descansar— o a la pobreza —por no tener, Jesús no tenía ni un lecho donde recostarse—. Sin negar estas lecturas, hermosas y legítimas, el *logion* mateano siempre me ha remitido inmediatamente a la obediencia. Porque la morada de Jesús era la de la fe, es decir, la de aquel que no se afana en acumular riquezas en la tierra porque solo tiene ojos para los tesoros del cielo.

¿Qué podemos transparentar los religiosos para los jóvenes de hoy sino esta búsqueda radical, este bendito proceso por el que vamos pasando de la autosuficiencia —«yo»— a la confianza —«Tú»—? ¿Qué hay más valioso que nuestra obediencia, este ánimo pronto para lo eterno? El ánimo orante y libre, de quien desea sobre todo a Dios, para sí y para sus hermanos. El ánimo de quien se da cada vez menos importancia a sí mismo y otorga al Señor toda la preferencia y toda la seriedad. El ánimo de quien tiene en Él un *prius* y un *magis* y un *supra* permanentes, lo reputa por encima de todo y busca en todo su voluntad. El ánimo de quien trata de vivir hacia Él en una reverencia sostenida, ateniéndose a la sobria verdad de Dios, a la verdad última del amor que es Cristo. El ánimo de quien confía en que Dios actúa realmente en la historia y cree que su palabra llega a cumplimiento, traspasando las fronteras del tiempo y de la muerte. Con fuerza de eternidad⁴.

Decía García Lorca, en un verso precioso de *Bodas de sangre*, que «¡Cuando las cosas llegan a los centros, / no hay quien las arranque!». Pues, hermanos, la estancia del «Tú» es nuestro centro... En la casa claretiana donde yo viví los años iniciales de mi formación hay una capilla hermosísima, con un Cristo hermosísimo también, frente al que yo he rezado las horas más encendidas de mi corta existencia. Creedme que no he podido nunca volver a esa casa sin pasar por aquella capilla, aunque a veces haya sido solo un segundo. Soy perfectamente consciente de que aquella estancia no la proyectaron pensando en mí: había estado siempre en el mismo lugar y podría no haberme recibido jamás. Pero alguien empujó un día su puerta entornada para que yo

³ Véanse en esta clave los capítulos LVIII-LXI de la *Regla* de san Benito.

⁴ Las ideas apuntadas en este párrafo están inspiradas en las homilias recogidas en J. RATZINGER, *Servidor de vuestra alegría. Reflexiones sobre la espiritualidad sacerdotal*, Herder, Barcelona ²2007.

la habitase. El religioso que obró así conmigo, ¿hizo algo novedoso y especial? Quizá no. Era algo que había hecho siempre. Algo que habría hecho con cualquier otro. Y, sin embargo...

2.2. «¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?». La belleza concreta de la vida religiosa: «Amén»

En la segunda estancia de la vida religiosa se aprende a susurrar «Amén». Pasar por ella es tan doloroso como imprescindible, pues implica dejarse acrisolar por aquello que no esperábamos hallar en el camino de nuestro discipulado...

La pregunta que ha suscitado esta ponencia aparece no una sino dos veces en el Evangelio de Juan. En ambas ocasiones, es Jesús quien la pone en pie. Pero todo cambia entre un momento y otro. Bien mirado, se trata de un interrogante que abre y cierra el Evangelio, pronunciado al amanecer de dos ciclos sucesivos. Jesús inaugura con esta cuestión la jornada vocacional de los discípulos de Juan (cf. Jn 1,35-42). Y reinaugura con ella —si cabe hablar así— la jornada vocacional de María, la de Magdala (cf. Jn 20,10-15). Al alba, a los pies del sepulcro vacío, aquella mujer escucha exactamente la misma pregunta. En un principio, María piensa que le habla un hortelano, pero no tarda en percatarse de que se trata de Jesús, su Maestro. Por consiguiente, tanto la pregunta en sí como quien la realiza son idénticos con respecto a la escena del Bautista... O quizá no del todo. Porque ahora quien habla es el Señor *Resucitado*. Y le habla a su discípula una vez que ella ya *ha estado con Él junto a la cruz*. Es la misma situación, pero a la vez es muy otra. María ha visto morir a su amado en lo alto del monte, a las afueras de la ciudad, desterrado de todo y de todos. Y, con Él, han sido crucificadas sus expectativas más nobles, sus respuestas más entusiastas, aquello por lo que había salido de su casa para vivir en la de Cristo. Con todo, Jesús no la deja sola, sino que envía delante de Él dos ángeles para que conforten a María: «Mujer, ¿por qué lloras?». Y al fin, como María no hallaba consuelo alguno, Cristo mismo en persona acude a buscarla y vuelve a preguntar a María con cariño: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?».

No hay seguimiento sin Cruz. Ni vida religiosa sin Calvario. Y el sufrimiento llega, quizá más pronto de lo que creemos. Nos llega también a los jóvenes, aunque tengamos poco recorrido a las espaldas. Aunque lo cierto es que la experiencia de la cruz se adensa con los años. Por esta razón, que un religioso mayor nos tienda su mano representa un auxilio inestimable para quienes tropezamos con la cruz acaso por vez primera. Al hablar aquí de cruz, no me refiero a un sufrimiento cualquiera, por grande o importante que sea determinado dolor en una historia particular. La vida de todos está cuajada de heridas, pero el cuerpo de los discípulos conoce también las llagas de la cruz, que son las de la fe. Dicho en *roman paladino*, se trata del padecimiento de quien cree en el siervo sufriente, que no dudó en subir al leño por amor de sus hermanos. En nuestra vocación, se sufre la soledad de la celda, el desencuentro con el hermano de comunidad, el fracaso de la misión, el sacrificio de la entrega, la flaqueza de la esperanza. Se sufre lo que creíamos que la vida religiosa era o tenía que ser... y no es. Se sufren las muchas infidelidades que vamos acumulando en nuestro peregrinar. Y se sufre también lo que Dios nos reclama de forma imprevista, desbaratando incluso las seguridades que Él nos había proporcionado. De hecho, para habitar realmente la morada de nuestra

consagración hemos de entrar antes o después en la estancia de Abraham, allí donde Dios nos pide lo más inopinado: que renunciemos por Él al hijo de la promesa.

Siempre me ha fascinado la escena de Abraham subiendo el monte Moria con los labios apretados para acabar con la vida de su hijo Isaac (cf. Gn 22,1-19). No creáis que pretendo que sacrificuéis a los jóvenes de vuestros institutos en aras de no sé qué parámetros prometeicos... En absoluto. Tampoco pienso que la vida religiosa deba leer este pasaje en la clave kierkegaardiana del absurdo⁵, que es subyugante pero peligrosa. La interpretación que se me antoja más acertada es la del despojamiento. Lo que Dios solicita a Abraham no es una renuncia más: le ordena que se desprenda del hijo de la promesa. Es decir, de lo que Él mismo le había ofrecido como heredad si se fiaba de su palabra de todo corazón. Ni siquiera la renuncia original, la que lo llevó a salir de Ur de los Caldeos, debió ser tan desgarradora... ¿Qué nos prometió el Señor cuando nos llamó a la vida religiosa? ¿Qué deseábamos experimentar al caminar tras sus huellas? ¿Qué senderos soñábamos transitar en el albor de nuestra vocación? Cuando se vuelve a estas preguntas cumplidos ya unos años de consagración, lo primero que se percibe es que, cualesquiera que fueran los senderos que imaginábamos, en ellos había plantada una cruz, y quizá lo ignorábamos. Y que el seguimiento del Señor nos exige, en ciertos momentos «cruciales», una renuncia generosa a eso sagrado que Él mismo nos procuró. Nos exige aprender a pronunciar en el tiempo de la prueba la palabra mariana por excelencia, el «Amén».

En estos años he ido conociendo a distintos religiosos, y muchos, sin verbalizarlo quizá de esta manera, coinciden en una verdad tremenda: parece que, a medida que se avanza en la vida religiosa, uno va cayendo en la cuenta de que incluso lo que creía inamovible en su vocación es susceptible de ser discernido y sacrificado. También todas esas promesas que pertenecen al núcleo del amor primero nos las pide el Señor. Acaso porque en ellas nosotros seguimos siendo demasiado protagonistas y Dios desea llevarnos con su sabia pedagogía por una vereda en que nos acaban quedando solamente Él y los pobres: el *Quién* de la vida, el Dios-con-nosotros.

El dolor que esta renuncia provoca debe ser abrazado con amor. Se trata de un sufrir que no tiene para nosotros la cadencia de la angustia o la desesperación, sino la forma de la pobreza. De la pobreza material y, muy singularmente, de la pobreza en la fe, que es la más común y, al mismo tiempo, la más difícil de hospedar. Os aseguro que pocas cosas hay tan estremecedoras y tan provechosas para un religioso joven como el regalo de contar con hermanos que, al final de su vida, no se asustan de la vulnerabilidad propia ni de la ajena, consagrados que han llegado a tener un corazón ofrecido hasta el martirio. No en vano el de pobreza es el voto que condensa y permite vivir la belleza concreta de la vida religiosa. Paradójicamente, la consagración es bella sobre todo cuando se mantiene íntegra en medio la tribulación: no en lo abstracto de los ideales exuberantes, sino en lo concreto de las biografías despojadas. Nunca se vio a Jesús tan hermoso como cuando fue alzado en la cruz. ¿Cómo nos presentaremos los religiosos a los jóvenes si no es bajo la luz de esta belleza encarnada, de este bendito proceso por el que vamos pasando de la abundancia a la prodigalidad?

⁵ Cf. S. KIERKEGAARD, *Temor y Temblor*, Tecnos, Madrid ⁴2007.

Enfrentado a su propia muerte, que es el desasimiento definitivo, Quevedo cantó animoso aquel verso del amor constante: «nadar sabe mi llama el agua fría». Solo quien ha llorado amargamente y se ha visto consolado puede expresarse con tal confianza justo en el momento en que se le derrumban los muros de su patria. En la casa claretiana donde yo viví los años iniciales de mi formación había una pequeña habitación, la mía propia, en la cual pude llorar abiertamente las veces que padecí, aunque muy de lejos, los rigores de la cruz. Recuerdo haber sido acompañado en ese llanto por dos hermanos, que siguen siendo para mí ángeles vestidos de blanco a la vera del sepulcro. Los religiosos que obraron así conmigo, ¿hicieron algo novedoso y especial? Quizá no. Era algo que ya habían hecho antes. Algo que habrían hecho con cualquier otro. Y, sin embargo...

2.3. «¿Cómo será esto?». La esperanza mayor de la vida religiosa: «Aleluya»

En la tercera estancia de la vida religiosa se aprende a cantar «Aleluya». Aleluya es una exclamación gozosa, una expresión de júbilo que se pronuncia delante del Señor resucitado. A primera vista, parece que un grito de alegría como el «Aleluya» habría de ser fácilmente secundado por los jóvenes, pues la suya es una etapa de la existencia propicia para el frenesí y el regocijo. Sin embargo, creo que la del «Aleluya» es una estancia a la que se accede muy tardíamente. En realidad, el gozo por lo que Dios obra en nosotros se fragua muy poco a poco: es un fruto maduro de la fe.

La alabanza al Señor —el «Aleluya»— recorre la Biblia de parte a parte, pero en ninguna página alcanza la fuerza y la verdad que tiene en el capítulo 10 del Evangelio de Lucas. En el corazón de dicho capítulo se halla un pasaje prodigioso que se ha dado en llamar la «*agalliasis*» cristológica. «*Agalliasis*» es un vocablo griego que denota exultación extrema de gozo y de esperanza, y solo se emplea en cuatro ocasiones a lo largo del Nuevo Testamento. Se trata, por tanto, de una experiencia extraña, poco frecuente, incluso para Jesús. Pero de una potencia y una elocuencia tales que bien podría servir para compendiar el Evangelio entero. Contemplemos la escena:

«En aquel momento, se llenó Jesús de gozo en el Espíritu Santo, y dijo: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Y volviéndose a sus discípulos, les dijo aparte: ¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron» (Lc 10,21-24).

Jesús no entona exactamente el «Aleluya», sino que muestra con qué mimbres se teje esta palabra. Lo que sale de sus labios es un «sí» redondo y único, un *consentimiento* que solo puede estar inspirado por el Espíritu. Curiosamente, en ningún otro lugar del Evangelio vemos a Jesús diciendo «sí»⁶. Porque no es una palabra barata. Me

⁶ Cf. Ph. BARBARIN, «La belleza de la vida consagrada», en C. MARTÍNEZ OLIVERAS (ed.), *La vida consagrada tras las huellas de la belleza*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2017, 155-180 (aquí, 168-180).

pregunto si en ocasiones los religiosos no hemos depauperando un tanto el valor de nuestro «sí», casi siempre impetuoso en los primeros votos pero, en algunos casos, muy lánguido después. Cuando el proceso debería ser exactamente el inverso: un «sí» pronunciado honestamente delante Dios ha de ir tomando cada vez más cuerpo, hasta acabar transformándose en un «Aleluya». Cristo ofreció su «sí» de una vez para siempre. Al fin y al cabo, Él mismo era el «sí» de Dios a la humanidad. Pero en esa única ocasión en que Jesucristo dijo «sí» su palabra fue tan densa que ya se adivinaba en ella el «Aleluya» del final.

Dice el evangelista que Jesús estaba lleno del Espíritu Santo, todo Él bajo la gracia. Si lo pensamos bien, no era para menos: Cristo conocía la maravilla del amor del Padre por los hombres, y podía alegrarse profundamente por lo que la gracia de Dios obraba en el corazón del mundo. Pero cabe suponer que Jesús no llegó a este gozo de repente. Al menos como hombre, el Hijo tuvo que aprender primero a reconocer la presencia de Dios en situaciones y personas inesperadas, para poder pronunciar después su «sí» jubiloso, grávido de aleluyas. De hecho, si reparamos en las escenas que rodean esta perícopa, vemos a Cristo afrontando circunstancias que quizá no había advertido cuando se lanzó a los caminos: en concreto, lo vemos instruyendo a los discípulos para la misión, advirtiéndoles de los peligros que les acechan, doliéndose de la dureza de corazón del pueblo de Israel y enseñando a las gentes las implicaciones concretas —samaritanas— del gran mandamiento del amor. Fijémonos en todo lo que esto significa. Jesús había salido de Nazaret con el fin de anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios, había subido al monte y, desde allí, había proclamado con entusiasmo las bienaventuranzas. Pareciera que su «sí» no podía ser más pletórico. Sin embargo, acto seguido, se vio impelido a bajar de aquel monte y tuvo que purificar su alegría inicial enfrentando realidades imprevistas. Tuvo que aprender a ver el dedo de Dios, por ejemplo, en sus apóstoles más torpes y tozudos; también en los judíos de bien que se cerraban a su palabra, en los letrados que despreciaban sus gestos, en los pobres que trataban de vivir su nueva fraternidad y en los que no, en los necesitados que lo asaltaban sin previo aviso y en los sabios que lo buscaban para cazarlo en un renuncio. Jesucristo tuvo que volver a decir «sí» en cada una de estas experiencias impensadas, dejando que el Espíritu bajase sobre Él y renovase su esperanza. Solo así su gozo pudo llegar a ser completo y su «sí» pudo volverse un «Aleluya».

La alegría imperecedera de la fe nace de la conversión continua del corazón a una esperanza mayor. Lo vemos en el mismo Hijo encarnado. Y también en el seno de nuestra vida consagrada. Decidme si vosotros no habéis tenido que abriros a experiencias de Dios insospechadas y mayores que vuestros propios deseos humanos. Entra uno en un instituto religioso pensando que podrá vivir un vínculo con sus hermanos de esta o de aquella manera, pero la fraternidad que termina viviendo es muy otra. Y hemos de poder decir «sí» a esa fraternidad otrora ignorada, para poder cantar mañana el «Aleluya». Entra una en un monasterio creyendo que todo va a ser ir ascendiendo en la oración de morada en morada hasta llegar al éxtasis de la séptima, pero la espiritualidad que acaba descubriendo es muy otra. Y hemos de poder decir «sí» a esa oración antes desconocida, para poder cantar mañana el «Aleluya». Entra uno en una congregación religiosa esperando salir enseguida por las calles a consolar a los pobres y a los niños y a los enfermos, pero el servicio que se le pide realizar es muy otro. Y hemos de poder decir «sí» a esa misión al principio incierta, para poder cantar mañana

el «Aleluya»... Cuando María recibió al ángel en su casa tuvo que decir «sí» no solo al don primero que ella era capaz de ver y entender, sino también al don último e insospechado, a aquella alegría que vendría después de la cruz. Aquella mujer sencilla hubo de preguntarse honestamente «¿Cómo será esto?» (cf. Lc 1,35-39), hubo de convertir el corazón, hubo de fiarse de Dios del todo... y solo de este modo, al soplo del Espíritu, pudo alumbrar poco a poco el «Aleluya» de Pentecostés.

En todos estos horizontes desconocidos que acabamos de describir hay un plus de gracia que nos aguarda. Ahora bien, no se llega a él sin antes ensanchar el corazón para abrir paso a una esperanza mayor. Dicha esperanza, que el Espíritu Santo infunde en la Iglesia, tiene para la vida religiosa la forma de la castidad. Al fin y al cabo, a través de este voto se reúnen y se refinan todos los amores que, anhelados o no, estamos llamados a acoger con largueza. No sé si compartís conmigo esta impresión: hay entre nosotros religiosos mayores que, en épocas en que la castidad tenía perfiles mucho más rígidos, lograron querer realmente a la gente que tuvieron cerca. No por sus inclinaciones naturales, sino porque tuvieron la humildad de escuchar los afectos ajenos —aunque no los comprendieran o no los esperaran— y fueron capaces de mirar a sus semejantes con la misericordia con que ellos se sabían mirados por el Señor. ¿Acaso podemos los religiosos ofrecer algo más alentador a los jóvenes que este deseo vivido cabalmente, este bendito proceso que consiste en pasar de la ensoñación inicial a la fecundidad real? A ellos, como a nosotros, nos zarandean distintos amores, muchos impensados y no queridos. Y cada uno de estos amores requiere que volvamos a poner en pie nuestro «sí» de consagrados, es decir, que nazcamos de nuevo a nuestra vocación para poder ver a Dios también en ellos. Hasta que un día, alcancemos la dicha de sentir con los mismos sentimientos de Cristo, que amó a todos los hombres y a todos los miró a la luz de una esperanza que no sucumbe, ni siquiera ante la muerte. Entonces, sí; entonces podremos cantar el «Aleluya» que no cesa.

Pensando en su pobre hijo, al que tuvo que amar desde la cárcel, como nunca hubiera querido hacerlo, Miguel Hernández escribió unos versos luminosos: «La cantidad de mundos / que con los ojos abres, / que cierras con los brazos. / La cantidad de mundos / que con los ojos cierras, / que con los brazos abres». Estando preso, en circunstancias bien distintas a las que soñaba en su Orihuela natal, el poeta pensaba en su hijo, que era para él su esperanza mayor. En la casa claretiana donde yo viví los años iniciales de mi formación hay una terraza escondida, a la que se llega por una escalera herrumbrosa, bastante inaccesible. Yo desconocía aquel lugar cuando entré en aquella comunidad. Y pasó un tiempo hasta que alguien me llevó allí. Con los años, compartí muchas noches de verano en aquella terraza con un misionero muy joven que hoy está muerto. Podéis creerme si os digo que, después de su fallecimiento, yo no pude descansar hasta que no volví a entrar en aquella estancia y pronuncié, sobre el recuerdo de mi hermano ausente, mi «sí» y mi «Aleluya» como religioso. Aquel muchacho que compartió conmigo sus dolores y hasta su muerte, ¿hizo algo novedoso y especial? Quizá no. Era algo que había hecho siempre. Algo que habría hecho con cualquier otro. Y, sin embargo...

3. UNA PRESENCIA HUMILDE Y ROTUNDA EN UN MUNDO CONVULSO

Cuanto he dicho hasta aquí es todo cuanto deseaba compartir. No sé si me he dejado algo importante en el tintero: seguramente, sí. Tampoco tengo claro si he logrado disipar a los enemigos que citaba al comienzo o si siguen aún delante de mí. En todo caso, no quisiera terminar este momento sin volver al icono del principio, aunque ahora más sucintamente.

Cuando Jesús se marchó por el camino con sus dos jóvenes discípulos para mostrarles dónde moraba, Juan debió quedarse contemplando la escena un tanto atónito, viéndolos partir. El Bautista todavía estaba allí, en el mismo lugar. Pero ahora le tocaba vivir el tiempo del abajamiento y de la debilidad, que es siempre un tiempo espinoso. Juan ya no sería nunca más para aquellos jóvenes el «maestro», la palabra poderosa que conquista y genera seguidores por doquier. El foco de la historia se había desplazado y estaba ahora puesto en otro rostro, en Cristo mismo. ¿Cómo podría entonces el Bautista mantener su fe y su significatividad? ¿Acaso el gran profeta estaba condenado al ostracismo sin remedio?

Creo que el paralelismo es fácil de captar: ¿cómo podemos los religiosos seguir iluminando a los jóvenes que se inician en el seguimiento de Cristo cuando el protagonismo es ya solo suyo y de Dios? Esta pregunta es incluso más compleja que la que da título a toda la ponencia. Con todo, me aventuro a sugerir tres breves pinceladas a modo de respuesta.

3.1. *El dedo del discípulo. La vida religiosa como signo vivo*

El nombre que Zacarías e Isabel pusieron a su hijo por inspiración del ángel, «Juan», significa «el Señor da la gracia». Se trata, pues, de un apelativo que no resalta ninguna cualidad específica del hombre, sino que todo lo atribuye a la gracia divina: a Dios y a su fuerza. Muchas representaciones pictóricas y escultóricas del Bautista, teniendo como trasfondo esta verdad que late en su nombre, sitúan a Juan en un segundo plano, con el brazo extendido y el dedo apuntando firmemente hacia Jesús. En verdad, Juan era todo él ese dedo desplegado.

También en su nombre propio, en su identidad profunda, la vida religiosa señala siempre y solo a Cristo. Y no tiene por qué aspirar a ser otra cosa que el dedo de Juan. Tampoco para con los jóvenes. A veces nos asalta la tentación de volver el dedo hacia nuestras comunidades, de indicarnos a nosotros mismos como camino o ejemplo o posibilidad de vida. Y creemos, equivocadamente, que cuanto mejores seamos, más vocaciones vendrán a nuestras casas. Tengo para mí que en esto somos ingenuos y pretenciosos a partes iguales. Los religiosos no somos más atractivos por ser más coherentes. Ni tenemos que empeñarnos en ello por este motivo. Hemos de tratar de ser coherentes, claro, pero por fidelidad a la llamada, porque si no, no seremos felices ni fecundos. Ahora bien, el único atractivo de verdad es siempre Dios mismo y hemos de tener confianza en que lo seguirá siendo para cuantos se dejen afectar por su llamada: nosotros, como mucho, podemos llegar a convertirnos en el dedo que lo señala. Dicho sencillamente, la vida religiosa no tiene que pretender mostrarse al mundo —y a los jóvenes— como la *realización consumada* de la fe en Cristo, sino que es ya, por su propia identidad, un *signo vivo* para el mundo del Cristo de la fe.

3.2. *Las sandalias del Cordero. La vida religiosa como testigo agradecido*

Yo estudié un par de años con las jesuitinas en Segovia y otro par de años con los claretianos. El resto de mi vida académica la cursé en colegios públicos. Una vez que me decidí a entrar en la congregación de los misioneros claretianos he visto en más de una ocasión cómo algunas jesuitinas se peleaban con tantos otros claretianos, tratando de dilucidar a quién se debía mi vocación, quién me había llevado al seminario, si el ejemplo de la madre Cándida —y el de sus hijas— o el del padre Claret —y el de sus hijos—. Os confieso que, cuando he vivido estas situaciones, se han suscitado en mí sentimientos de gratitud y de ternura, porque aquellas peleas un tanto infantiles no eran más que un reflejo del cariño que aquellos consagrados sentían hacia a mí. Pero ojo, porque quizá haya en esta anécdota más tela que cortar. Nadie dudará de que mi vocación, como la de todos, le pertenece solo a Cristo. Pero, en el fondo, a todos nos encanta ser de vez en cuando el niño en el bautizo, la novia en la boda y el muerto en el entierro. Quizá al Bautista también le hubiera gustado salir corriendo detrás de Jesús para decirle satisfecho y orgulloso: mira que he sido yo quien te ha mandado estos discípulos tan jóvenes, tan dispuestos, tan lozanos... Sin embargo, él se quedó humilde y agradecidamente en un segundo plano.

Juan tenía fe y por eso se quedó aguardando a que Jesús hiciera su propia obra en aquellos jóvenes discípulos. Siempre me ha rondado esta idea cuando he asistido a una profesión religiosa: que la vida consagrada se recrea toda ella de nuevo en cada historia vocacional, de modo que los que ya vivimos en su seno hemos de saber retirarnos a tiempo para dejar hacer a Dios. Sí, nuestros institutos se vuelven a fundar enteros nuevamente cada vez que un joven ingresa en ellos, cada vez que el Espíritu actualiza nuestro carisma en una biografía concreta. Este es un milagro difícil de percibir que requiere en cuantos lo presenciamos de mucha delicadeza espiritual. ¿Quiénes somos nosotros para correr a desatar las sandalias del Maestro cuando Él ya está caminando con otros y para otros? (cf. Lc 3,15-18). En una palabra, los religiosos no estamos llamados a ser los *anfitriones perfectos* de cada nueva vocación, sino que debemos convertirnos en *testigos agradecidos* de lo que Dios obra en nuestras familias a través de los que vienen por detrás.

3.3. *El mandato del encarcelado. La vida religiosa como acicate decidido*

Juan estaba allí, contemplando cómo sus amigos se marchaban en pos de sus sueños. En aquel instante moría una relación para que otra naciera: Juan menguaba en ellos para que Cristo creciera. En realidad, no había proporción entre un discipulado y el otro, porque el Bautista había sido una gran voz, pero Cristo era la Palabra⁷. No obstante, con esta nueva situación no se acababa todo para el Precursor. Mientras sus dos discípulos comenzaban a vivir con el Señor, Juan prosiguió su propia andadura. Aún le esperaban los momentos más complejos y ricos de su historia de fe. El Bautista había de ser encarcelado y martirizado. Como lo sería después Pedro: alguien les ató las manos y los llevó donde no querían, a las regiones del dolor y de la muerte. No nos engañemos:

⁷ Cf. S. AGUSTÍN, *Sermón 293 C-E: Id., Obras completas de san Agustín XXV. Sermones (59)*, BAC, Madrid 1984, 215-230.

si nuestra adhesión al Señor es sincera y sostenida, todos caminaremos hacia allí tarde o temprano. Nos parecerá entonces que ya no tenemos nada que decir, nada que ofrecer..., que nuestro discurso y nuestros empeños han sido aprisionados para siempre. Exigiremos, quizá, que otros vengan a cumplir lo que nosotros no supimos, no pudimos o no quisimos entregar. Pongámonos en la piel del Bautista, que había dado con sus huesos en la cárcel: tuvo que resultar pasmoso para Juan saber todo lo que el Cristo — a quien tanto había esperado— estaba realizando con su pueblo y no poder librarse de su encierro para compartirlo.

Nuestras comunidades están cada vez más pobladas de gente mayor, impedida, pobre y, en el fondo, encarcelada. Pero la libertad y la audacia de la fe, ¿quién nos las puede arrebatarse?:

«¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿La persecución? ¿El hambre? ¿La desnudez? ¿Los peligros? ¿La espada? [...] Estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rm 8,35-39).

No ha habido cárcel ni destierro que hayan podido acallar la presencia humilde y rotunda de los religiosos a lo largo de la historia en medio de un mundo que siempre — no solo ahora— ha sido convulso y complejo. ¡Qué indignancia y qué arrojo los de Juan el Bautista detrás de los barrotes, invitando una vez más a sus discípulos a buscar a Jesús allí donde vive para saber de primera mano dónde está brotando ahora el Reino de Dios! (cf. Mt 11,2-6). Nuestra vida religiosa, en la que no faltarán nunca penurias, mermas y clausuras, no ha de preocuparse por mantener a toda costa un *papel relevante* en una sociedad que a veces parece negárselo: no obstante, los religiosos tampoco podemos renunciar a ayudar a otros a dar una respuesta generosa al Señor. Incluso padeciendo una cierta irrelevancia ante los jóvenes, los religiosos seguimos siendo urgidos y ungidos por el Espíritu para ejercer de *acicates decididos* con respecto a su fe: hemos de poder decirles, incluso encarcelados, «Hermanos, id y lo veréis».

Y cuando vuelvan a contarnos todo lo que han experimentado en la morada de Jesús a lo largo de su jornada vocacional —porque los jóvenes suelen volver a las fuentes antes o después—, quizá nosotros ya no estemos en este mundo. Pero Juan seguirá aquí, en el lugar de siempre. Y con él, pervivirá el don de la vida consagrada. Al fin y al cabo, los religiosos somos siempre los últimos en marcharnos de los lugares más difíciles. Porque sabemos bien que en ellos está Cristo, el que descendió a los últimos puestos para preguntar a todos los perdidos una y otra vez: «Amigos, ¿qué buscáis?».